

QUICENA

En tierras de Quicena, a escasos 7 km de la ciudad de Huesca, saliendo en dirección este, se alzan las ruinas del castillo de Montearagón. El que en su día fue uno de los monasterios más ricos y más poderosos de la Edad Media mantiene en pie los escasos restos que dan testimonio de lo que un día fue y de lo que queda de él, fruto de los avatares históricos y de un tortuoso devenir que lo ha reducido a su mínima expresión, manteniendo erguida su silueta que tanto embellece las puestas de sol en esta ciudad.

Castillo de Montearagón

EL CASTILLO DE MONTEARAGÓN se alza sobre uno de los cerros que circundan la ciudad, a 519 m de altitud, construido en piedra sillar arenisca. Fue éste el lugar elegido por Sancho Ramírez para levantar una fortaleza desde la que poner en marcha su anhelada empresa de conquistar la ciudad de Huesca, hasta ahora en manos musulmanas, trasladando a partir de este momento el centro de control desde Loarre a Montearagón.

En opinión de Durán Gudiol, el lugar elegido para construir la fortaleza fue el mismo emplazamiento donde se le-

vantó el antiguo monasterio visigodo de San Victorián de Asán, desaparecido tras la invasión musulmana. Las primeras edificaciones de la nueva fortaleza comienzan a construirse entre los años 1086-1087 por el rey Sancho Ramírez con la función primordial de asedio a la ciudad musulmana de Huesca, siendo los primeros pobladores de este lugar soldados al servicio del rey aragonés, que mantuvieron su tenencia desde 1089 hasta 1098, de los cuales los documentos mencionan a Ortí Ortiz, Pedro Sánchez, Galindo Dat, Fortún Sánchez III, Fortún Ariol y Sancho Ferrández.

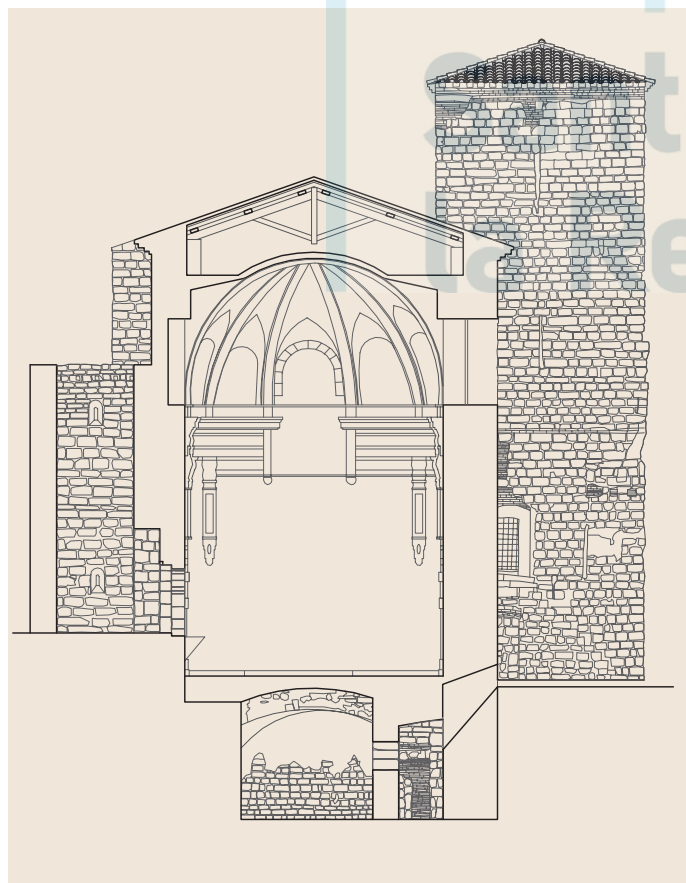


*Vista general del
emplazamiento*



Planta del conjunto

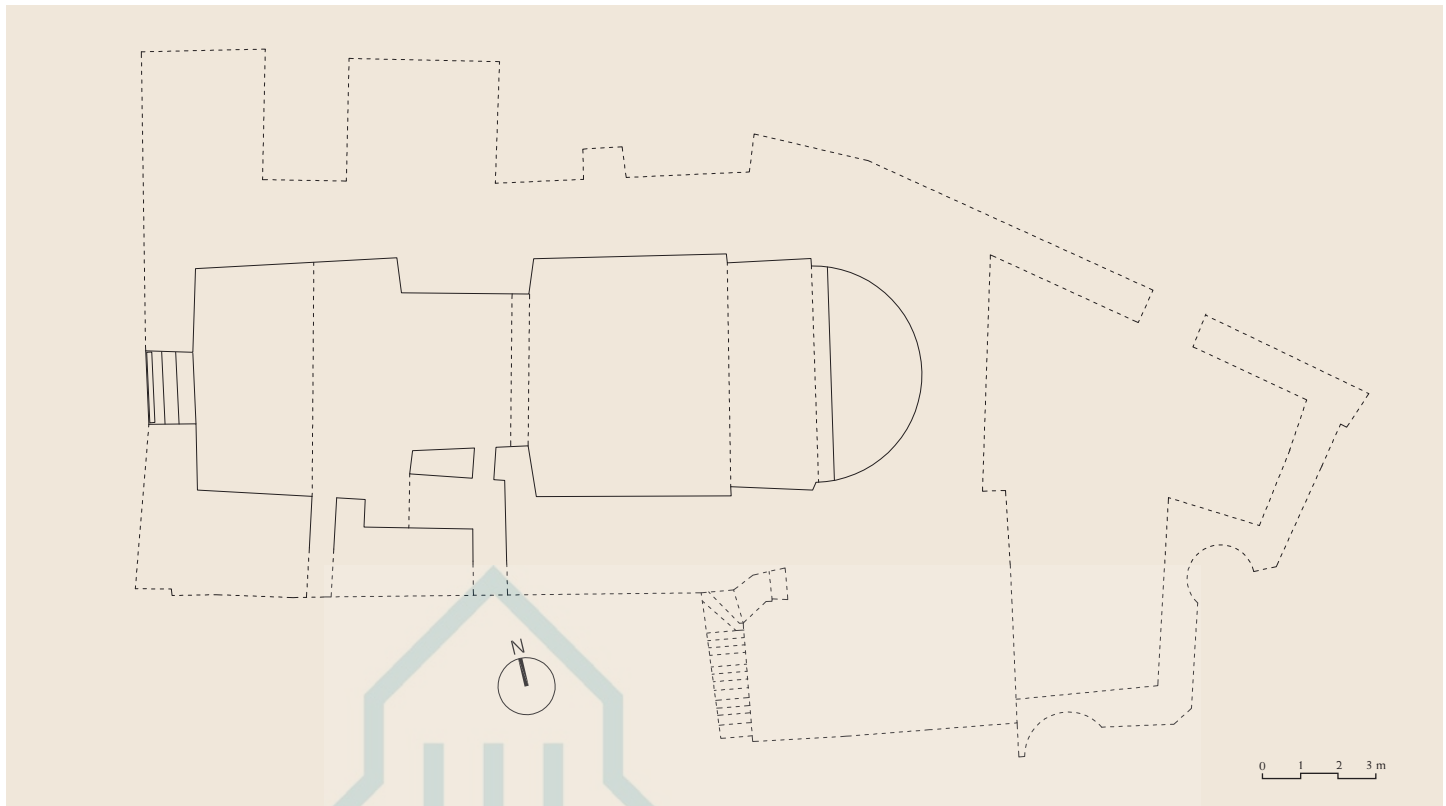
Sección transversal



Sin embargo, Sancho Ramírez no llegó a ver cumplido su sueño de conquistar Huesca, pues según cuenta la leyenda, una flecha musulmana le hirió de muerte cuando haciendo un reconocimiento por las murallas de Huesca, planeaba el ataque a esta ciudad. Le sucedió en el trono su hijo Pedro I (1094-1104) quien continuó en la idea de reconquistar la ciudad. Tras seis meses de asedio, se libró la batalla decisiva de Alcoraz el 19 de noviembre de 1096, en la que el rey aragonés derrotó a las tropas musulmanas.

Alrededor del castillo creció una villa, hoy desaparecida, con su consiguiente iglesia que en un principio cumpliría las funciones de parroquial. El rey Pedro I la refundó como abadía canónica bajo el nombre de Abadía de Jesús de Nazaret, para instalar aquí a los canónigos de la regla de San Agustín, siendo procedente la primera comunidad del castillo de Loarre. El primer abad, Jimeno, tenía bajo su jurisdicción los monasterios de Loarre, Siresa y Fanlo, los tres más importantes del reino, que contaban además con la protección del rey y del papa Urbano II. Éste otorgó al rey el derecho a intervenir en la elección de abad, un derecho ratificado por su sucesor Pascual II, lo cual pone de manifiesto la envergadura que esta empresa comenzaba a tener, pues a partir de este momento los beneplácitos recibidos en este monasterio por parte de los reyes aragoneses serán muy abundantes y determinantes en la extensión de su dominio.

Le sucede en el cargo el abad Fortuño, durante cuyo mandato se incrementan las donaciones al monasterio efectuadas



Planta de la cripta

Exterior del conjunto



por personas laicas en un afán por participar en los beneficios espirituales que ello les reportaría. Igualmente numerosas fueron las donaciones que los monarcas aragoneses hicieron a este monasterio ya desde su fundación, lo cual fue motivo de enfrentamiento perpetuo primero con el obispado de Jaca, regentado por el infante García, hermano del rey Sancho Ramírez, cuyas relaciones ya no eran buenas; éste pretendía unir las ciudades de Huesca y Jaca bajo una misma mitra, mientras que los monarcas aragoneses habían pensado someter la ciudad de Huesca a la abadía de Montearagón.

A pesar de todo, Pedro I cedió la mezquita mayor oscense para establecer aquí la catedral uniéndose así las diócesis de Huesca y Jaca en un solo obispo; no obstante los monarcas aragoneses continuaron beneficiando económica y territorialmente a la abadía de Montearagón, llegando ésta a extender sus dominios por el reino de Aragón y de Navarra, hasta convertirse en el organismo eclesiástico más rico y poderoso de todo el país, pues sabemos que en el siglo XII dominaba en 104 iglesias, 38 pueblos de Aragón y 23 de Navarra, posesiones que se mantuvieron hasta la muerte de Alfonso I, con la separación de los reinos de Aragón y Navarra. Algunas de las iglesias que estaban dentro de los límites del obispado de Pamplona dejaron de pertenecer a Montearagón, por lo que los conflictos se sucedieron prácticamente durante toda la historia del monasterio oscense.

Desde los primeros momentos, la abadía de Montearagón estuvo libre de toda jurisdicción eclesiástica y civil sujeta sólo a la Santa Sede, que mediante la bula *Iusta fidelium* en 1086, convierte al papado en protector del monasterio oscense, legislando sobre los modos de elección de abad y corroborando el importante papel de la familia real en el monasterio, convirtiéndolo en capilla real, dependiente del

propio monarca, en lugar del obispo, una figura con la que los pleitos y las rivalidades fueron constantes.

La influencia real en el monasterio queda reforzada más, si cabe, en el siglo XII, con la elección del abad Berenguer, hijo natural de Ramón Berenguer IV, yerno de Ramiro II el Monje, que simultaneó este cargo con los obispados de Tarazona, Lérida y Narbona, hasta que el papa Inocencio III lo privó del cargo de abad de Montearagón en 1204, a causa del enfrentamiento del papado con los albigenses, a los que el rey Pedro II de Aragón defendía.

Le sucedió en el cargo el infante Fernando, hijo de Alfonso II y de Sancha, la reina fundadora del Monasterio de Sigüenza, quien se relajó en las costumbres religiosas comportándose más como noble que como clérigo. En 1258 ocupa el cargo el infante Sancho, cuarto hijo de Jaime I el Conquistador y la reina Violante, pero debido a su corta edad el papa Alejandro IV anuló la elección. En 1317 el papa Juan XXII nombra abad al infante Juan, hijo de Jaime II y de la reina Blanca. Durante los siglos XIV y XV se suceden en el cargo diversos nobles, hasta 1464 fecha en que el papa Pío II confía Montearagón a Juan, hijo natural de Juan II, arzobispo de Zaragoza.

Otro arzobispo zaragozano que gobernó la abadía fue Alonso de Aragón, hijo natural de Fernando el Católico, lo cual pone de manifiesto que, durante siglos, se mantuvo la estrecha relación con la monarquía. Fue en 1571, cuando el papa Pío V llevó a cabo la reforma diocesana del Altoaragón, que acabó con la desmembración de la abadía en la que el monasterio sufrió una fuerte disminución de sus rentas, hasta tal punto que se llegó a la supresión del monasterio. La comunidad fue dispersada y el culto se mantuvo por seis capellanes, hasta que el rey Felipe II decidió restaurar la aba-

Interior del recinto





Interior de la cripta

día nombrando abad en 1587 a Marco Antonio Revés, si bien la comunidad canónica se redujo a cuatro canónigos y ocho capellanes.

Antes de la desmembración, nos cuenta Ricardo del Arco, los abades eran mitrados, celebraban sínodos y tenían voto y asiento en las Cortes del reino. Además del abad había cuatro canónigos dignidades: enfermero, limosnero, sacristán y chantre; seis priores con títulos de Bolea, Gurrea, Sariñena, Funes, Larraga y Uxué, los siete prioratos en que se dividía su territorio junto al abadiado; otro prior de claustro, un administrador de rentas, otros canónigos, varios racioneros, capellanes y hasta capilla de músicos. Sus ingresos provenían de los diezmos y primicias que se cobraban en estos territorios junto con otros derechos eclesiásticos y de señorío temporal mediante los que se alcanzaban grandes cantidades de dinero.

Finalmente, con la desamortización de los bienes eclesiásticos decretada por Mendizábal, en 1835, se puso definitivamente fin a la existencia de este emblemático monasterio, poco después se produjo un devastador incendio que se encargó de acelerar su total desaparición.

Francisco Diego de Aynsa, en su obra *Historia de Huesca*, de 1619 hace una pormenorizada descripción del castillo-abadía donde nos cuenta que tenía una doble muralla de unos veinte metros de altura, con once torreones. En el interior del recinto había un claustro, con sobreclaustro y aljibe en el centro, que comunicaba con las dependencias abaciales. De aquí se pasaba a un claustro más pequeño, posiblemente

Interior de la iglesia



románico, en cuyos ángulos había tres capillas, una dedicada a la Visitación, otra a San Lorenzo y otra a San Martín; esta última desempeñaba también funciones de sala capitular y enterramiento de abades. En el cuarto ángulo había una puerta contigua a la iglesia. Un tercer claustro introducía a las dependencias más modernas entre las que se encontraba la biblioteca.

Más somera es la descripción que hace el Padre Huesca de su iglesia, consagrada en 1099, de la cual nos cuenta que era pequeña, de estilo románico, con cabecera de tres ábsides, embutidos en los muros los dos laterales, y que bajo ella había una cripta con culto a la Virgen, llamada "bajo tierra", donde se guardaba el sepulcro de Alfonso el Batallador sostenido por doce columnas de piedra, junto con el del abad infante Fernando, del siglo XIII; el de una infanta de pocos años y los de otros dos abades, del siglo XIII. En la capilla mayor de la iglesia hubo un retablo de tablas pintadas sustituido en 1506 por el de alabastro realizado por Gil Morlanes "El Viejo", que fue salvado de las llamas y hoy se conserva en el Museo Diocesano de Huesca.

Tras el gran incendio sufrido y el abandono del edificio son muy escasos los restos que han llegado hasta nosotros. En las últimas décadas han sido necesarias intervenciones de urgencia para evitar derrumbamientos por lo que se han llevado a cabo labores de consolidación así como el estudio de sus muros que han permitido determinar algunas de sus fases de construcción. Entre las partes más antiguas que se conservan se encuentra la torre principal, levantada en el lado sur, que es la que da acceso al recinto, construida en recodo bajo una torre hoy desaparecida, siguiendo el modelo de las fortalezas musulmanas. Esta torre estaba precedida de otra torre albarana, levantada fuera del recinto amurallado al que se unía mediante un puente sobre arco de medio punto. Hacia el lado norte se levantó otro torreón adosado al muro de la iglesia de planta cuadrangular inspirado en los alcázares musulmanes, donde las torres se distribuían en espacios cortos. Hasta aquí podría corresponderse con la parte más antigua de la muralla correspondiente al siglo XI.

En el ángulo noroeste encontramos un torreón de mayores dimensiones construido en ángulo, perteneciente a una segunda fase constructiva ya del siglo XII, siguiendo ya el modelo cristiano y donde encontramos abundantes marcas de cantero.

En el extremo sur se levantó el palacio abacial, construido en tiempos del abad Ponzano, que ocupó su cargo entre los años 1680 y 1708, y del que tan sólo quedan algunos restos de sus muros.

Ya en el interior del recinto encontramos la capilla real y la torre del homenaje, ambas construcciones son también originarias del siglo XI. La capilla real se consagró en el 1099, bajo la advocación de Jesús Nazareno, siendo muy reformada en el siglo XV y posteriormente en el siglo XVIII por el arquitecto Juan Sofí. Conserva su cripta cuya cabecera, aunque modificada en su parte posterior, es original y está cubierta

por bóveda de cuarto de esfera, así como su presbiterio que se cubre por bóveda de cañón. La nave de la iglesia fue restaurada y dotada de cubierta en una de las últimas actuaciones llevadas a cabo en el castillo. Conserva en su interior la cabecera de planta semicircular y pese a todas sus transformaciones, todavía vemos en la parte alta un arco semicircular originario de la estructura primitiva. Hacia la zona de los pies quedan restos del arco rebajado que sustentaba la estructura del coro y próxima a él, en el muro norte, una pequeña puertecilla en alto da acceso al interior de un pequeño torreón, adosado al lado norte de la iglesia.

Hacia el lado sur de la nave de la iglesia se abre una puerta que da acceso a la parte inferior de la torre del homenaje, adosada al lado sur de la iglesia. La parte baja de la misma está constituida por un espacio abovedado donde se aprecian restos de pintura mural, que pueden pertenecer al gótico lineal. El resto de la torre estaría dividido en varios pisos de madera, apreciándose los retranqueos que sustentaban estas soleras.

Pocos más son los restos conservados de lo que fue un majestuoso conjunto, a excepción de una basa cuadrada para un fuste cilíndrico, formada por toro y escocia y dos capiteles, todo lo cual se conserva en el Museo de Huesca junto con algunas lápidas funerarias realizadas también en piedra arenisca. Los capiteles fueron realizados para doble fuste y por su buena factura ofrecen una idea de las riquezas del monasterio: uno de ellos presenta una decoración vegetal finamente elaborada y el otro representa una serie de seres fantásticos (quizás con cierto aspecto simiesco) que se muestran agazapados con una correa trenzada al cuello que sujetan con la mano izquierda, mientras que en la derecha portan unas campanillas que parecen sujetar delicadamente: destaca el detalle de sus anatomías así como su marcada simetría. Podría fecharse este capitel hacia principios del siglo XII.

Los restos de este castillo de grandioso pasado parecen querer resistirse al olvido y permanecen impasibles al paso del tiempo esperando unos trabajos arqueológicos que, realizados en profundidad, saquen a la luz nuevos elementos y datos que nos permitan conocer su pasado un poco mejor.

Texto: MENB - Fotos: AGO - Planos: BJG

Bibliografía

ARAMENDÍA, J. L., 2001c, pp. 271-276; ARCO Y GARAY, R. del, 1914c; ARCO Y GARAY, R. del, 1914d; ARCO Y GARAY, R. del, 1914e; BARRIOS MARTÍNEZ, M. D., 2004; BENITO MOLINER, M., 1994; BUESA CONDE, D., 1996a; BUESA CONDE, D., 2002a; DURÁN GUDIOL, A., 1987b; ESCÓ SAMPÉRIZ, C., 1987; GARCÍA OMEDES, A., www.romanicoaragones.com/ Montearagon; LAMPÉREZ Y ROMEA, V., 1922; SERRANO LARRAYOZ, F. y MUR SANGRÁ, L., 2006.